

Frente libertario

Madrid, 31 de julio de 1938 || Editado por el Comité de Defensa Confederado, del Centro || NUMERO 537

EL CAPITAL MAS PRECIADO ES EL HOMBRE

Porque precisamente lo dijo Stalin, creemos que nuestros comunistas serán los primeros en estar de acuerdo con la significación de estas palabras

Una guerra es siempre derroche inculcable de riqueza; de riquezas de todas clases, entre las que debe ocupar lugar preferente el hombre, el combatiente. En todas las guerras se ha valorado el factor hombre; en alguna ocasión se ha llegado a traducir en cifras el valor del hombre; no está todavía tan lejana la guerra europea para que hayamos olvidado que a lo largo de aquella monstruosa contienda se fijó en unas tres mil pesetas aproximadamente el valor económico del hombre. Pero nosotros, por la índole misma de la guerra que estamos haciendo, por la idiosincrasia de todos los hombres que lealmente sirven al triunfo del antifascismo, tenemos necesariamente que apartarnos de la monstruosidad que supone colocar al hombre en el rango de las cosas que se pueden comprar y vender por un precio determinado. Esto aparte de que el hombre es --para todos los antifascistas-- algo tan preciado que se encuentra por encima y al margen de cualquier valuación económica particularizada que del mismo quisiera hacerse.

Y puestos en este terreno nos acordamos de unas palabras de Stalin, que son el título de un folleto publicado por el Partido Comunista: "El capital más preciado es el hombre".

No hay que decir que estamos completamente de acuerdo con esas palabras; el capital más preciado --o más preciado que todos los capitales-- es el hombre. Y esto, no sólo por lo que en sí vale para todo el que no tenga entrañas de hiena, sino porque es el único capital --el único material-- que no puede ser repuesto.

Todo género de material de guerra puede reponerse, e incluso reponerse con notables ventajas, no sólo en cantidad, sino también en calidad; no en balde los progresos de la técnica hacen que se transformen diariamente en realidades prácticas, proyectos que hace unos meses eran considerados entelequias. Cuando se destruyen un cañón, un tanque, un aeroplano, que-

da siempre la posibilidad, más aún, la casi seguridad o la seguridad sin casi, de poder adquirir un nuevo cañón, otro tanque, otro avión, que sean incluso más perfectos que el que se destruyó.

Si un aeroplano queda destrozado, se compra o se fabrica otro; igual si se destruye un tanque o se pierde un cañón; pero el hombre...

Completamente de acuerdo, por consiguiente, con la frase, acertadamente genial de Stalin, "el capital más preciado es el hombre". Y porque estamos de acuerdo con ella y porque somos partidarios de realidades inmediatas, creemos que lo pertinente es, comprendiéndola en todo su alcance, deducir las consecuencias inmediatas de la misma y ponerlas en práctica inmediatamente.

Nada importa que se gaste material de guerra si ese exceso en el gasto reporta el correlativo ahorro de vidas; nada importa que se pierdan aparatos de caza o de bombardeo si de entre sus hierros retorcidos ha de surgir, como inmediata compensación, un considerable superávit de sangre economizada. La guerra moderna, que tiene características cruelmente acusadas, tiene la de ser primordialmente guerra de máquinas y de motores; empleense por consiguiente con toda intensidad motores y máquinas; y el antifascismo se demuestra velando, ante todo y sobre todo, por la victoria del pueblo y por el afán perpetuamente manifestado de economizar

sufrimientos a nuestro pueblo. Apreciación ésta en la cual, como en la frase de Stalin, creemos que estarán completamente de acuerdo con nosotros los camaradas comunistas.

Lloyd George

La mejor definición que se puede hacer del ex "premier" ministro de la Gran Bretaña, durante la Guerra europea de 1914-18 sería decir de él: que es un político hábil, un viejo astuto y un inglés cien por cien, dispuesto a defender los intereses del imperialismo inglés frente a los desenfrenados apetitos de los países totalitarios. Lloyd George arremete continuamente, en la Cámara de los Comunes, contra la política de debilidades y complacencias de Chamberlain para con Hitler y Mussolini. El firmante de la paz de Versalles, con Wilson y Clemenceau, se sienten más antigermanos ahora que en los días del armisticio. Y es que el viejo cuco de la política inglesa conoce las verdaderas intenciones del triángulo Roma-Berlín-Tokio. Lloyd George, en relación con el problema español, dice: "Que las tropas republicanas españolas que luchan con valor extraordinario, únicamente necesitan armas para poder terminar pronto la guerra y triunfar". Nadie crea que estas declaraciones son palabras de un revolucionario, sino más bien de un imperialista inteligente para el que la victoria del Gobierno legítimo sobre las tropas invasoras implica asegurar, para Inglaterra, sus comunicaciones mediterráneas con las colonias de Africa, Asia y Oceanía. España, republicana, es para Lloyd George, la afirmación del "statu quo" del Mediterráneo y del Mar Rojo.

Ese es el verdadero contenido político de la apología de España, hecha por Lloyd George. Tales manifestaciones se producen porque la burguesía en el ámbito internacional no constituye un todo unido. Dos grupos imperialistas antagonicos se disputan, ahora como en 1914, la hegemonía financiera e industrial y el reparto del Mundo. España está en la balanza de estos apetitos. He aquí la causa de la defensa por parte de unos y la invasión por parte de otros. De todos modos, desde nuestro ángulo de política proletaria agradecemos cordialmente las acertadas, precisas y oportunas palabras del viejo zorro de la política inglesa.

Vale más escasez equitativa, que abundancia desigual

Al iniciarse la guerra --como muy acertadamente ha señalado el presidente de la República-- el Estado español se vino abajo. El Poder político tradicional se encontraba tirado en la calle a merced de quien lo quiera recoger. No pudo resistir la ofensiva fascista y saltó hecho añicos. Pero los trabajadores que se dieron la batalla al militarismo, aliado con todas las castas reaccionarias edificaron un nuevo aparato económico, político, administrativo, jurídico y militar. Naturalmente el Estado centralista había sucumbido y era preciso coordinar toda la economía nacional para dirigir acertadamente la producción y distribuir eficazmente los medios de consumo. Los Sindicatos desde el plano local, hasta el nacional, establecieron una organización del consumo que respondía a la satisfacción de las necesidades materiales del pueblo en armas. También se crearon Comités de abastos, que suprimiendo a los especuladores e intermediarios, distribuían los medios de consumo de la manera más justa y equitativa. Se ha querido frenar esta ambición lucrativa de los comerciantes recurriendo a la imposición de multas sobre los que venden los artículos alimenticios a precio superior de tasa. Pero como las ganancias son más, que el dinero devengado en multas, los tenderos continúan siendo los dueños de la situación económica. Ha habido alguna Prensa, que en sus comentarios, sobre esta cuestión, plantea el problema diciendo: que los comerciantes especuladores no tienen conciencia ni sentimiento ni la más leve noción de la justicia. Para nosotros, aquí no interviene la cuestión de la conciencia, sino más bien el interés de aumentar los crecientes beneficios extraídos del hambre y la penuria que padece el pueblo trabajador a consecuencia de una mala organización del consumo. Además no se olvide que la base comercial de nuestra sociedad actual no difiere muy poco de la de antes del 18 de julio. Como las causas son idénticas los efectos son los mismos, solamente, que ahora, más inmorales por la escasez que lleva consigo toda guerra. Para que la población civil disfrute de una igualdad inalterable, en el consumo, es preciso poner en vigor el programa de unidad de acción entre la U. G. T. y la C. N. F. Ahí se apuntan soluciones prácticas con la constitución de cooperativas de consumo encargadas de distribuir equitativamente los medios de consumo. Unicamente, aceptando esta premisa, daremos al traste con la avaricia, el egoísmo y la arbitrariedad de los comerciantes cada día más ávidos de codicia y de ganancias financieras, arrancadas de la prohibición, la abnegación y el sacrificio del pueblo trabajador.

LEED

"CASTILLA LIBRE"

DIARIO CONFEDERAL



La guerra exige unidad de dirección y disciplina a rajatabla

No puede admitirse de ninguna manera, que haya en ella gentes

Todas las acciones militares, especialmente las ofensivas, y tanto más cuando de ofensivas de envergadura se trata, no pueden ser jamás el resultado de una suma de esfuerzos esporádicos, de heroísmos aislados, y de actuaciones que no tengan entre sí otro nexo de unión que el de colaborar --cada una según su aire-- a un mismo fin victorioso. No. Una ofensiva que quiera cuajar en triunfo rotundo ha de ser siempre, necesariamente, la suma de una serie de esfuerzos debidamente coordinados, ejecutados con precisión matemática, y en la cual todos los elementos se atengan a unas normas previamente establecidas por los jefes dirigentes de la operación.

Para esto es necesario comenzar por establecer una disciplina tajante, firme, que no vacile ante consideraciones de ninguna clase. Es decir; hay que establecer una verdadera disciplina, desde el más alto al más humilde y desde el infante al aviador, pasando por el tanquista y por el artillero. La síntesis de esfuerzos que ineludiblemente conducen a la victoria ha de ser exacta y puntual; de otra manera, por mucho que sea el heroísmo que unas tropas derrochen, los resultados serán de pequeña envergadura y los proyectos hechos fallarán como consecuencia de haber fallado el concurso de uno de los elementos con los cuales se contó al planear la operación y que falló en el momento en que la misma quiso llevarse a la práctica.

Unidad de dirección y disciplina a rajatabla. Son dos supuestos previos e indispensables para que una ofensiva cuaje en resultados victoriosos. Y son al mismo tiempo dos conceptos que creemos conveniente explicar por lo mismo que de ellos se ha hecho un uso excesivo, que, más que otra cosa, parece --y es-- un abuso.

Unidad de dirección, en la guerra, equivale a centralización de los mandos todos que en la operación de que se trate hayan de intervenir. Todos los elementos de combate deben depender de un mismo mando supremo que es el que por su peculiar situación ante las incidencias totales de la contienda puede juzgar acertadamente de las necesidades que la misma presente y de las conveniencias que ella plantee. No entendemos de ninguna manera que esa unidad de dirección deba limitarse únicamente a determinadas armas; antes al contrario, creemos requisito indispensable y previo el que todas las armas, absolutamente todas, prescindiendo de cualquier clase de absurda y pretendida superioridad que unas quieren adjudicarse en comparación con las demás, se atengan a un mismo mando supremo y que sea éste, el que decida su intervención en la lucha y la manera según la cual esa intervención ha de desarrollarse.

Disciplina a rajatabla. Por encima de cualquier prebenda o de cualquier particularismo que --desde luego siempre injustamente-- hubiera podido nacer, debido más a la vistosidad ante el profano y a la especialidad del arma que al heroísmo

intrínseco que sus componentes pudieran derrochar, se hace necesario imponer una rígida disciplina de guerra. Porque muchos han entendido la palabra disciplina como algo que se parece a traducción práctica de jerarquía, que habrá de ser observado con tanto más rigor, cuanto más bajo sea el peldaño que en esa jerarquía ocupe el individuo en cuestión. Pero el verdadero sentido es muy otro. Primero, porque la disciplina acrecienta sus rigores cuanto más elevada es la categoría que en la esfera militar ocupan los hombres. Y después, porque la disciplina debe someter a sus mandatos a todos los que intervengan en la contienda, sea cual fuere la misión que a los mismos estuviere encomendada.

Esa unidad de dirección y esa disciplina global--igual para todos-- excluyen en absoluto la posibilidad de que en la guerra existan gentes "establecidas por su cuenta", que inter-

vienen o no intervienen en la lucha según les cuadra, y con los cuales es imposible atar con seguridad cuatro cabos. Quienes no se atienen con absoluta disciplina a las normas dictadas por el mando, deben saber que no cumplen con su deber. Y deben sufrir el trato que se aplica a quienes, frente al enemigo, incumpelen la misión que les ha sido confiada.

El pueblo español ansía el éxito y se sacrifica para lograrlo; y

Y basta. El que pueda sentirse aludido... que se rasque. Y de paso que vuelva la vista a los soldados del pueblo, que, sin disfrutar ni comodidad ni prebendas de ninguna clase, se sacrifican un día y otro por la victoria del antifascismo y entregan calladamente su vida, si es preciso, en el más generoso y magnífico de los anonimatos.



Italia y Alemania emprenden la ofensiva en el frente internacional

El reforzamiento de la "entente cordiale" con el viaje triunfal de los reyes británicos a París ha sido un rudo golpe para los países totalitarios. Hitler y Mussolini no han tardado en acusarlo y en lanzarse a la ofensiva que les permita recuperar las posiciones perdidas. Ciego ha de ser quien no lo vea así. De un lado tenemos las reiteradas visitas del favorito del "führer" a Londres, en las que certeramente advierte la prensa francesa una clara maniobra para dividir la firme alianza entre las dos grandes democracias occidentales. De otro, la actitud agresiva de los periódicos teutones al comentar el estatuto nacionalitario de Checoslovaquia y el discurso belicoso de Heinlein en Breslau. Y, por último, el recrudecimiento de los sangrientos disturbios de Palestina y de las agresiones deliberadas contra los mercaderes ingleses en aguas españolas. En todas partes y en todas las formas los tiranos de Roma y Berlín pretenden reconquistar el terreno perdido. Nuevamente manejan el espectro sangriento de la guerra, el chantaje burdo que tan buenos resultados les dió hasta la fecha. Y, reconocámoslo, que parece ha de darles una vez más los frutos apetecidos.

Porque las democracias, Inglaterra de modo primordial, no saben reaccionar en la debida forma. Todó son dudas, vacilaciones, transigencias. En Palestina, no queriendo ver los hilos que mueven la agitación ár-

be y no teniendo la valentía precisa para cortarlos de una vez. En España dejando hundirse con su bandera el prestigio de la marina británica, sin atreverse a tomar determinación alguna, a pretexto de que pueden traer "complicaciones indeseables". La audacia de los piratas, las maniobras turbias de los pueblos sin ley, no hallan dique ni valladar seguro. Olvidándolo todo, preocupados tan sólo por alejar una guerra que no sería un buen negocio económico, los políticos ingleses soportan las bofetadas

Esperan acaso que el fascismo se desgaste en sus aventuras y que al final se entregue vencido en sus brazos. No se dan cuenta de que, pese a todo el agotamiento que las empresas bélicas pueden ocasionarle, le proporcionan también las posiciones económicas y estratégicas necesarias para colocar en situación apurada a las grandes democracias occidentales. Si el pueblo español no hubiera escrito admirables páginas de heroísmo; si no hubiese hecho durar la guerra más de dos años y gastar muchos miles de millones a Italia y Alemania para no conseguir nada práctico; si descorazonado por el egoísmo cobarde de quienes por razón y conveniencia debieran estar a su lado, se hubiese entregado al cabo de tres o cuatro meses de lucha, ¿cuál sería hoy la situación de Europa? ¿Cómo se encontrarían Francia e Inglaterra, con sus comunicaciones cortadas la segunda, envuelta en un cinturón de hierro la primera?

La resistencia del pueblo español ha salvado a la vieja Europa. No lo hemos hecho por ella, naturalmente, sino por nosotros. Pero si las democracias persisten en su turbia política, si persisten en su táctica de aguantar sumisamente los despiantes fascistas, si continúan pisoteando el Derecho Internacional, ignorando las atribuciones que nos confiere, cuando la victoria llegue --que tarde o temprano llegará p

Hoy no vamos a hacer comentarios de nuestra cosecha. Presentamos noticias. Nada más que noticias.

Londres está satisfecho con la respuesta española.

Londres "vuelve a enviar" representante comercial a Ber- gos.

Berlín quiere hablar con Londres sobre cierto arreglo de armamentos aéreos.

Berlín bombardea los pueblos de España.

Jouchaux dice que la apertura de la frontera francesa será un hecho en un plazo breve.

El Comité de "no intervención" vive "todavía".

En uno de los últimos bombardeos ha caído el cuarto de los observadores extranjeros.

La unión de las dos Sindicatos es un hecho.

Algún técnico militar no español, deduce que la aviación aun en plan de superioridad aplastante, no anula a una buena infantería.

Ha habido un pequeño olvido. El hacer constar que esa infantería es española.

Y ahora, nos damos cuenta de que hemos hecho una "miajita" de comentario.



ESCARBAR. -- Lo que... con hacerlo un poquito, se pondrían al descubierto cosas muy curiosas.

ESCARCHADO. -- Espejo de des- aprensivos.

ESCARMENTADO. -- Cantera de los "avisados".

ESCARMENTAR. -- Cambiar de opinión "por las buenas".

ESCASEAR. -- No podemos definir esta palabra.

ESCATIMAR. -- Usar el cuenta- gotas de la avaricia.

ESCAVOLA. -- "Inmortalizante" de segunda categoría. Viene a ser lo que el hombre para la solterona.

Los de "infantería" no llegan y los de "caballería" se pasan. La escavola es mucho para inmortalizar los "santi, boniti, barati" y es poco para inmortalizar héroes.

ESCENA. -- Donde se mueven los "muñecos" de la "farsa" y donde se adivina "quien" los mueve.

ESCENARIO. -- Escaparate de moribundos e imán de cigarrillos exóticos. Véase PROSCENIS.

ESCLARECIDO. -- Lo que llega uno a ser con un poquito de "suer- te" y de... "apoyo".

ESCLAVITUD. -- Hipoteca forzo- sa de la libertad humana.

ESCLAVIZAR. -- Extender la "ci- vilización", valiéndose de los me- dios "convincientes" de la trilita y el cloro.